

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

EL SERMON DE LA EPIFANIA

Predicado por el Sr. Fenelon en la Iglesia de las misiones extrangeras el dia 6 de Enero de 1685 en presencia de los Embajadores de Siam.

Al juzgar segun los preceptos de la critica las composiciones de los escritores mas distinguidos, por satisfecho que sea nuestro gusto, sentimos sin embargo un secreto retræente para confesar que se hà tocado en ellas el ùltimo punto de la perfección. Volvemos inmediatamente sin quererlo, hàcia aquel typo ideal que el espïritu se hà formado por consecuencia de sus investigaciones mas ó menos profundas à cerca de los verdaderos principios del arte de escribir, y sentimos casi siem re la falta de algunas qualidades precisas para que la obra pueda llamarse acabada. En las composiciones oratorias principalmente, cuyo mèrito comun es muy relativo; quisièramos encontrar reunidas todas las prendas felices que se van admirando en los insignes modelos; pero este deseo tan justo muy raras veces

(2)

se satisface sea por la desigualdad natural de los talentos, ó por el ejercicio de ellos mas ó menos bien dirigido, ó por las situaciones diversas en que suelen encontrarse aquellos á quienes Dios ha concedido el inestimable privilegio de la palabra.

Mientras Flechier nos embelesa con un estilo melodioso y florido, sentimos no hallar en sus oraciones fúnebres aquella vehemencia progresiva que arrebató, aquella imponente grandeza con que nos transporta Bossuet. Incapaces de quedar satisfechos con las admirables dotes de este Demóstenes evangélico, sentimos que no haga correr nuestras lágrimas, sino cuando convoca á todos los Pueblos, para anunciarles en sus cabellos blancos la proximidad de su fin *con una voz que desfallece y con un ardor que se extingue*. ¿Quién no se llena de un asombro muy grande, cuando ve desaparecer todas sus excusas y destruirse los argumentos que mas invencibles creía, por la dialéctica irresistible de Bourdaloue; ¿Y esto le basta para someterse del todo; Su entendimiento con rendirse al vencedor, tributa á los talentos de este gran Maestro el mas sólido de todos los homenajes: ¿pero el corazón cede y el hombre se transforma? Algunas imágenes bien escogidas, algunos movimientos mejor preparados, cierta sobriedad en la erudición sagrada, no nos habrían dejado cosa alguna que hechar menos en sus excelentes discursos. Menos faltas notamos en Massillon, cuyos triunfos innumerables en la tribuna cristiana, parecen proclamarlo como el mejor intérprete de las pasiones y el dueño absoluto del corazón humano. Sin embargo, la misma superabundancia de sus talentos oratorios, ¿no lo hace debilitar á veces con prolijas reflexiones morales y amplificaciones lánguidas la fuerza y energía de su estilo? Se ha visto que no está esento de defectos aun en sus discursos mas admirados. Tal vez el *del corto número de los escogidos se acerca mas á la perfección que el de la muerte del pecador y la del justo*; pero aun allí mismo suele encontrarse

*

(3)

en los pormenores sino tal cual defecto positivo, á lo menos mucha susceptibilidad de mayores bellezas. ¿Donde encontrar pues un orador que contente con absoluta plenitud la expectativa del buen gusto?

Un hombre, cuyas producciones oratorias estuvieron ocultas mas de medio siglo, bien por que la envidia las escondiese, bien por que la solicitud de los literatos no hubiese llegado á conocerlas; un hombre que parece haber recibido de la naturaleza talentos únicos é incomparables; que nacido en el siglo XVII, parece haberse iniciado por un privilegio singular en los misterios bellisimos de la antigua edad de oro de la literatura, y en quien parece que se verificó la transmigración pitagórica; por que en sus escritos admirables creemos descubrir las almas felices de Homero y de Virgilio; el querido autor del *Telemaco*, despues de haber inscripto su nombre con letras de oro en el Santuario de la gloria, mediante esta obra maestra de la poesia épica y de haber hecho admirar de mil otras maneras la fuerza de su ingenio y la pureza de su gusto, aseguró asimismo una bien merecida celebridad como orador con dos producciones eminentes entre todas las del mismo género, que son un discurso pronunciado en la consagración del Elector de Colonia y el Sermon de la Epifanía.

Ambos tienen una originalidad que sorprende sin embargo de versarse en materias comunes; ambos ministran con bellezas de un orden elevado, pábulo indeficiente á la admiración mas culta; y en uno y otro se ven reunidas en superior grado aquellas hermosisimas y preciadas dotes que muy raras veces se juntan para adornar el ingenio; pero limitaré mis observaciones al segundo, cuya variedad prodigiosa de pruebas, imágenes y sentimientos parece como nacida para ministrar en un solo discurso, el ejemplo de cuanto mas debemos aplaudir en las obras maestras de la eloquencia cristiana.

(4)

La vocacion de los gentiles, constituye todo el argumento de esta composicion literaria. Mejor que en extracto será poner à la letra el exordio, para dar una cabal idea del rico y grandioso plan que sirve al autor de pauta para recorrer la luz del evangelio, mil variados y fecundos acontecimientos.

EXORDIO.

Surge, illuminare, Jerusalem, quia venit lux tua, et gloria Domini super te orta est.
Is. cap. 40.

„**B**ENDITO sea Dios, hermanos míos, pues que se ha dignado poner hoy la palabra en mis labios para alabar la obra que ha cumplido en esta casa! Confieso que deseaba desde largo tiempo, dilatar mi corazón delante de estos altares y decir en alabanza de la gracia todo lo que ha obrado ella en estos hombres apostólicos para iluminar el oriente. Hablo pues hoy con un transporte de júbilo, hablo de la vocacion de los gentiles en esta casa de donde salieron los hombres que fueron à anunciar la feliz nueva al resto de la gentilidad.

„Apenas Jesus, la expectativa y el deseado de las naciones hubo nacido, cuando he aquí à los magos, dignas primicias de los gentiles, que conducidos por la estrella, vienen à reconocerle. Bien pronto las naciones conmovidas vendrán en multitud despues de ellos: los ídolos serán derribados y el conocimiento del verdadero Dios tan abundante como las aguas del mar que cubren la tierra. Yo veo à los pueblos, veo à los príncipes adorando en la serie de los siglos à este hombre Dios, à quien los magos vienen à adorar en este dia. ¡Naciones del Oriente! vosotras vendreis tambien à vuestro turno: una luz, en comparacion de la cual, apenas es una sombra la de este astro, herirá vues-

(5)

„tros ojos y disipará vuestras tinieblas. Venid, venid, apresuraos à venir à la casa del Dios de Jacob. ¡O Iglesia! ¡O Jerusalem! ¡regocijaos, arrojad gritos de alegria! Vos que en aquellas regiones erais estéril, que no criabais allí, tendreis en esta estremidad del universo, innumerables hijos. ¡Que os admire vuestra fecundidad! Volved los ojos à todas partes y ved: satisfaced vuestras miradas en vuestra gloria: que vuestro corazón se admire y se dilate; la multitud de los Pueblos se vuelve hácia vos: las islas vienen, la fuerza de las naciones os es concedida: nuevos magos que en el Oriente han visto la estrella de Jesus, vienen del centro de las indias para buscarle. ¡Levantate, ó Jerusalem! *Surge illuminare Jerusalem &c.*”

„Mas yo siento mi corazón muy conmovido en lo mas profundo, dividido entre la alegria y el dolor. El ministerio de estos hombres apostólicos y la vocacion de estos pueblos es el triunfo de la religion; pero es tambien por ventura el efecto de una secreta reprobacion que està pendiente sobre nuestras cabezas. Acaso estos pueblos van à levantarse sobre nuestras ruinas, como sobre las ruinas de los judios se levantaron los gentiles, en el nacimiento de la Iglesia. He aquí una obra que Dios hace para glorificar su evangelio. ¡Pero no será tambien para transferirle? Indispensable sería no amar al Señor para no amar su obra; pero sería tambien necesario el olvidarse à si mismo para no temblar por ella. Regocijémonos pues en el Señor, hermanos míos, en el Señor que dá gloria à su nombre; pero regocijémonos con temblor. He aquí dos pensamientos que serán la materia de este discurso.

INVOCACION.

„**E**SPIRITU prometido por la misma verdad à to-

(6)

„dos los que os buscan, que mi corazón no respire, sino para colocaros en su parte más íntima: que mi boca enmudezca, si nó ha de abrirse à vuestra palabra! ¡Que mis ojos se cierren à cualquiera otra luz, que no sea la que vos derramais desde vuestras alturas! ¡O espíritu Santo, sed vos mismo todo en nosotros; en los que me escuchan, la sabiduría, la inteligencia y el sentimiento; en mí, la fuerza, la unción y la luz. Maria ruega por nosotros.”

La noble magnificencia de este exordio, brilla en medio de la más grata sencillez. Sin sentirlo, nos sorprendemos cautivos por la elocuencia desde las primeras líneas de tan excelente introducción: por que el orador traslada dulcemente à nosotros las impresiones de que nos habla; y así es como experimentamos un sentimiento de admiración para caer después en temores muy fuertes. Sin este recargo de figuras, miserable recurso con que suelen reemplazar algunos el talento, Fenelón sorprende y arrebató nuestro espíritu con primores delicados; y con aquella elocuencia del alma, prenda feliz de la naturaleza más bien que resultado del arte, ofrece à la vista del observador una fiel gradación de sentimientos y de ideas, en que se comienza por la novedad del espectáculo y se concluye naturalmente con el anuncio de un plan fecundísimo y sobre manera oratorio el cual debe ser desenvuelto en el presente discurso.

PRIMERA PARTE.

LA primera parte de él, donde van à explicarse los diversos motivos de júbilo que excita vivamente en el espíritu la vocación de los gentiles, se abre con una magnífica alegoría, en que la Iglesia, esta mística Jerusalem presenta el bello cuanto grandioso cuadro de una ciudad tranquila, cuyas puertas francas y sin custodia alguna,

(7)

parecen anunciar aquella plenitud de paz y de reposo, aquella fruición de placer, patrimonio de las almas felices, tan extrañas à las sombrías impresiones de la tristeza, cuanto à las ideas turbulentas de temores y de peligros. Es una ciudad que alimentada con productos de todas las naciones, aguarda soberanamente à los Señores de la tierra que vuelan à incorporarse dentro de sus sagrados vestigios: ciudad centro común de seguridad y de gloria, fuera de la cual no se encuentra sino el dolor y la muerte: ciudad en fin, jamás ennegrecida por las sombras y perennemente alumbrada por un eterno día. ¿Podrá encontrarse uno solo de corazón tan insensible que no se embriague con los primores y hechizos de tan bella pintura? ¿Quién no siente inundado su espíritu con el goce de aquel bienestar único, à que nada perturba y que no muere jamás? ¡Esfuerzo supremo del genio! tacto delicado, discernimiento feliz que anuncia las obras del talento! Para desplegar la magnificencia de tan rica poesía en un discurso oratorio y levantarlo à tan alta perfección lejos de desnaturalizar su verdadero y genuino carácter, hà menester el hombre de un conjunto tan raro y tan copioso de conocimientos, de sensibilidad, de ternura, de imaginación y de grandeza, que muy pocos aun de aquellos que levantan con gloria su frente en el teatro de la literatura, podrán lisongearse de triunfos tan bellos y de una superioridad tan prodigiosa. //

Sin ser tan poético, no es menos oratorio el cuadro que sigue, donde pinta con admirable energía la rápida propagación del evangelio; y donde Jesus arrebatando desde Belén las miradas del mundo y atrayendolo todo à sí por el dulce imperio que ejercía en todos los corazones, presenta el espectáculo sublime de la renovación de un mundo por el nacimiento de un niño. Este pensamiento, cuya superioridad nada tiene que temer de la amplificación oratoria, pues cada una de sus partes tiene por